

Periodos y generaciones en la historia de la poesía colombiana del siglo XX

Periods and Generations in the History of 20th Century Colombian Poetry

Patricia Trujillo

Departamento de Literatura

Universidad Nacional de Colombia

Considera la polémica alrededor de la vigencia y la validez de los periodos literarios como herramientas metodológicas de la historia literaria. Luego examina el concepto de generación, que es la forma de periodización más común en las historias de la poesía colombiana del siglo XX, y las críticas a las que se ha sometido ese concepto. El artículo intenta esclarecer por qué si este concepto ha sido considerado poco adecuado en la periodización literaria, ha seguido siendo el dominante en las historias literarias de los últimos veinte años.

Palabras claves: Literatura – Historia ; Poesía colombiana – Historia y crítica – siglo XX ; movimientos literarios ; piedracielismo ; nadaismo.

The author considers the controversy concerning the continuing relevance of literary periods as methodological instruments in literary history. It then examines the concept of generation, which has been the most common form of periodization in histories of twentieth-century Colombian poetry, analyzing also the critiques which have been made of this concept. The article attempts to find out why, if this concept has been considered inadequate for establishing literary periods, it has continued to be the dominant term in literary histories of the past twenty years.

Key words: Literature – History ; colombian poetry – History and criticism – 20th century ; Literary movements ; piedracielismo ; nadaismo.

I.

“Cada libro de historia literaria está subdividido en períodos o movimientos y con frecuencia emplea términos que, libremente, designan períodos específicos. Sin embargo, solamente muy pocos escritores de historia literaria indican los principios sobre los que se sustenta la formación de periodos en la historia literaria.” Este reparo de René Wellek, hecho en un famoso ensayo de 1941, todavía forma parte de las críticas hechas a la historia literaria (Wellek 1983, 37). David Perkins, historiador de poesía inglesa, en su libro *¿Es posible una historia literaria?* y Carlos García-Bedoya, crítico literario peruano, en *Para una periodización de la literatura peruana*, coinciden en que una de las fallas endémicas de buena parte de las historias de la literatura ha sido la adopción de divisiones de acuerdo a criterios heterogéneos (políticos, sociales, de la historia de la cultura o referidos a movimientos específicos), sin hacerlos explícitos en las historias mismas, sin una reflexión acerca de la naturaleza de dichas divisiones y las razones específicas por las cuales vale la pena adoptar esos periodos, y no otros, como segmentos temporales.¹

A pesar de su crítica a la manera en que los periodos literarios han sido abordados en el pasado, tanto García-Bedoya como Perkins creen que éstos son una herramienta indispensable para una disciplina cuyos métodos, criterios y objeto de estudio no pueden desecharse fácilmente. La escritura de la historia literaria implica, inevitablemente, un proceso de selección, generalización, organización y selección, argumenta Perkins. La periodización es una de estas tareas de organización y generalización, pues permite agrupar las obras literarias por tramos que no son aglomeraciones arbitrarias o sin

¹ Este acuerdo entre dos críticos interesados en la historia literaria se hace más interesante cuando se contempla que ambos consideran historias literarias pertenecientes a ámbitos culturales diferentes. Perkins examina las historias literarias occidentales, pero en especial las de lengua inglesa, desde el siglo XVIII hasta las últimas historias de la literatura inglesa y norteamericana, marcadas por los estudios postcoloniales y culturales; García-Bedoya explora las historias literarias peruanas del siglo XX.

fundamento, sino que se basan en un conocimiento válido de la literatura del pasado (Perkins 1992, 4, 19). Por su parte, García-Bedoya añade que una de las tareas previas a la escritura de cualquier historia literaria debe ser una reflexión acerca de las bases conceptuales sobre las cuales se asientan los periodos, un examen de las propuestas de periodización de otras historias literarias y, finalmente, una propuesta de periodización para la literatura en cuestión (García-Bedoya 1990, 17).

En esto, tanto el crítico peruano como el inglés coinciden con Wellek, quien también creía que los periodos literarios son subdivisiones útiles y necesarias para la escritura de una historia de la literatura. Pero ni García-Bedoya ni Perkins tienen la misma confianza que el crítico e historiador checo mostraba con respecto a la objetividad conceptual de la historia y los periodos literarios. Ya en 1941, Wellek cree que la tarea fundamental de la historia literaria es la construcción de un conocimiento objetivo, que la literatura tiene un desarrollo coherente que sólo se puede comprender a través de la sucesión de los periodos literarios, y que esta sucesión "refleja auténticamente los cambios constantes a que se encuentra sometida la tradición literaria" (Wellek 38,43). Por otra parte García-Bedoya y Perkins, quienes escriben a finales del siglo XX, ya no despliegan tanta confianza en la capacidad de la historia literaria como constructora de un conocimiento objetivo. Para García-Bedoya, las condiciones históricas y sociales del país donde se intente escribir historia literaria son determinantes para su constitución. De acuerdo con él, las críticas postmodernistas que han cancelado toda perspectiva histórica están muy a lugar en sociedades postindustriales, pero no en sociedades "de la carencia", como él las denomina, donde todavía es imperativo comprender y construir la historia (García-Bedoya, 12). Perkins señala, no sin cierta nostalgia, que los historiadores literarios del siglo XIX tenían ventajas enormes sobre los que emprenden la tarea a fines del siglo XX y principios del XXI. De acuerdo con él, los historiadores del XIX, que escribieron antes de la polémica que llegó a poner en duda el valor de toda la disciplina, podían creer que la histo-

ria literaria brinda criterios claros de selección, que las obras literarias tienen un amplio significado social y que, por lo tanto, la escritura de una historia de dichas obras también tiene una importancia probada (Perkins, 4-5). Sus herederos, los historiadores de las postrimerías del siglo XX y principios del XXI, están expuestos a toda una serie de paradojas y de preguntas irresolubles acerca del objeto y los alcances de su tarea. De acuerdo con Perkins, no importa cómo resuelva el historiador estas preguntas, su respuesta será solo una posibilidad de la escritura de la historia literaria, susceptible de ser cuestionada. No obstante, Perkins sostiene que es necesario escribir historia literaria, que ésta tiene una función no desdeñable en la formación de la experiencia lectora de un público y que también tiene otras funciones sociales y culturales (17). Teniendo en cuenta la urgencia con que defiende la escritura de la historia literaria en el Perú, García-Bedoya estaría de acuerdo con él.

La cautela con la que, tanto Perkins como García-Bedoya, abordan la posibilidad de la escritura de una historia literaria es un síntoma de las consecuencias del debate al que ésta ha estado sometida durante los últimos veinte años. En este debate, las posiciones más radicales en defensa de la historia literaria parecen haberse silenciado, mientras que las acusaciones más severas están a la orden del día. Ya que la validez de la historia literaria ha sido puesta en duda, la función y vigencia de los periodos como divisiones del pasado también se ha vuelto sospechosa. Los críticos más acérrimos de las divisiones periódicas sostienen que es necesario abandonar los periodos literarios por una serie de razones.

Una de ellas es que en la mayor parte de las historias literarias, si no en todas, los periodos establecidos son divisiones arbitrarias de la historia. Se aducen varias razones para ello. O bien se dice que los criterios según los cuales se han delimitado los periodos provienen de la historia política, de acontecimientos sociales o culturales más amplios y que, por esta razón, no pueden dar cuenta de la particularidad de los procesos literarios, como también argumentaba Wellek, o bien se criti-

ca más radicalmente la noción misma de periodo, como hace Robert Rehder. Rehder sostiene que las periodizaciones de las historias literarias, tanto de las más tradicionales como de las más vanguardistas, son series de categorías en parte heredadas y en parte adoptadas para la ocasión. El resultado es un conjunto heterogéneo, una improvisación mal construida. La crítica de Rehder no se detiene aquí. De acuerdo con él, la verdadera unidad de la literatura no reside en los periodos o los movimientos literarios, sino en los individuos. Cualquier unidad que intente subsumir la originalidad individual en una entidad mayor, como un periodo o movimiento literario, comete un atentado contra los autores y las obras que no comparten características comunes. Por esta razón, Rehder aboga por una historia literaria que haga conexiones, exclusivamente, en términos de obras y autores particulares.

Otra crítica a los periodos literarios sostiene que tales marcos cronológicos establecen una unidad artificial basada en alguna forma de estructura institucional, algún tipo de *Zeitgeist* o una serie de presupuestos intelectuales que, se supone, dominan todo el periodo. Tales unidades pasan por alto el hecho de que, durante el tramo temporal en cuestión, lo que realmente hay es una coexistencia de tendencias heterogéneas y, en muchos casos, contrarias las unas a las otras, e intentan imponer una unidad orgánica donde no la hubo (Baker 1997, 136-137).

También se ha aducido, como lo hace José María Cuesta Abad, que las críticas postestructuralistas, al develar el carácter metafórico de los conceptos que determinan el conocimiento de la humanidad, también han desmantelado la posibilidad de plantear los periodos literarios como divisiones significativas de la historia. Términos como 'generación', 'renacimiento' o 'barroco' no son más que figuras retóricas, divisiones imaginarias que en realidad no implican ningún conocimiento objetivo de la literatura (1994, 337).

A pesar de todos estos reparos y de la evidente desconfianza de los historiadores literarios con respecto a su propia disciplina, hay voces fuertes en defensa de una historia literaria

que divida el continuo en unidades temporales. Quizá una de las más afamadas sea la de Frank Kermode, crítico literario inglés. Para Kermode, la utilidad de los periodos literarios radica en su potencia como elementos que permiten ordenar tanto fechas históricas como obras de manera que se puedan manejar. Los periodos literarios permiten, además, relacionar las fechas y las obras pasadas al momento presente del historiador. Kermode se muestra de acuerdo con la crítica postestructuralista que sostiene que los periodos literarios no son un retrato de la realidad histórica, sino un mito, una invención. No obstante, de acuerdo con su opinión, los periodos literarios son un modelo muy sutil de la historia literaria, una herramienta útil e indispensable que permite procesar la enorme masa de obras escritas en el pasado. Kermode sostiene, muy razonablemente, que una historia literaria que eche por la borda una división en periodos no conduce a una aprehensión verdadera y total de la literatura del pasado, sino a su "pulverización dadaísta" (Kermode 1990, 151). Sin los periodos literarios, el pasado se convierte en una masa indiferenciada, en la que las obras no pueden ser apreciadas ni valoradas, porque no se puede medir su relación con el presente. Además, sigue Kermode, la periodización no es la simple división del pasado. Algunos periodos son considerados, inevitablemente, más importantes que otros, de manera que el periodo también es usado como regla de medición por el historiador. Esto no es necesariamente negativo porque, en cierta medida, la historia literaria no puede evitar, y no tiene por qué evitarlo, ser valorativa.

La defensa que hace Kermode de los periodos literarios es doblemente interesante. Por una parte, su consideración del periodo pone de relieve que el pasado no es una entidad inaprensible y ajena al presente, sino que la escritura de la historia literaria liga el pasado y el presente de una manera íntima: "queremos seleccionar lo que es moderno en el pasado y suponemos que nuestra visión privilegiada del pasado nos autoriza a hacerlo. En resumen, los periodos son otra manera de construir la modernidad" (161). Por otra, enseña que la

división del pasado por periodos literarios no es simplemente una división de un continuo vacío de sentido. La periodización está ligada, indefectiblemente, a la operación crítica de valoración de unas obras sobre otras. Dependiendo de la periodización que utiliza, una historia literaria determina una perspectiva particular desde la cual se consideran las obras. El periodo privilegia unas obras y desdeña otras. A su vez, la visión crítica de un historiador determina su sistema de periodización.

Kermode también señala otra característica de los periodos literarios. La mayor parte de denominaciones de periodos literarios se forma a partir de una campaña propagandística, esgrimida por los escritores o los críticos literarios, interesados en imponer la valoración de un grupo de obras determinadas. De acuerdo con Kermode, el periodo pierde posteriormente su carácter de publicidad y se convierte en una forma de ordenamiento que no es del todo arbitraria, sino que establece el único lazo fuerte que tenemos con el pasado: "nuestra habilidad para identificarnos con los intereses de nuestros predecesores, para juzgar sus opiniones sin necesariamente desdeñarlos, para converger con ellos en una dimensión transhistórica" (165).

El hecho de que, en un principio, el periodo literario haya sido un sistema de propaganda tiene consecuencias más complicadas que las que señala Kermode en su artículo. Por una parte, la adhesión de los miembros del grupo, la generación o el movimiento que parcialmente pudo haber tenido lugar a causa de motivos propagandísticos, también implica la aquiescencia de una serie de principios estéticos, o de apreciaciones acerca del pasado. Esto no quiere decir que, a causa de haber compartido las mismas experiencias históricas, un grupo de escritores produzca obras de características comunes. Se trata de que un grupo de escritores que está tratando de legitimarse dentro de un campo literario comparte una serie de lecturas y de problemas que los forma estéticamente.

Por otra parte, la aparición del grupo, movimiento o generación modifica la percepción de la propia obra de los escrito-

res que comparten el mismo momento histórico. Estén de acuerdo o no con la designación que se les imputa, se consideren o no parte de la generación, el grupo o el movimiento, tienen que enfrentarse a lo que se considera es importante en esa clasificación, y muchos de ellos terminan formando no sólo su crítica literaria y sus estrategias de autoconsagración, sino también su propia obra en relación (de afinidad o contradicción) con el grupo, el movimiento o la generación en cuestión. De manera que la designación, que en un principio fue de publicidad, en últimas puede llegar a caracterizar, verdaderamente, un periodo literario y ser algo más que una clasificación valorativa de ciertas obras, como sostiene Frank Kermode.

II.

En las historias literarias colombianas, el tipo de periodización de la poesía del siglo XX ha sido, casi exclusivamente, el de las generaciones, a pesar de que esta forma de periodización ha sido una de las más criticadas durante los últimos veinte años. La teoría de las generaciones tiene sus antecedentes más lejanos en la historiografía de Ranke y en los ensayos de Dilthey (Perkins 1992, 139). Para la historiografía literaria en español, han sido muy influyentes los artículos de Ortega y Gasset sobre las generaciones, así como las discusiones alrededor de la generación del 98 y el 27 en España. La traducción del extenso ensayo de Julius Petersen sobre las generaciones literarias, incluido en el libro de Ermatinger sobre la ciencia de la literatura y publicado en 1946, también ha sido citado como un texto de referencia sobre los principios de la periodización generacional.²

Tanto Ortega y Gasset como Petersen basaban la unidad de la generación en el antagonismo entre jóvenes y viejos; consideraban como fundamental la coincidencia o cercanía en la fecha de nacimiento, la homogeneidad en la educación,

² El artículo de Julius Petersen es citado, entre otros, por Pedro Salinas en "El concepto de generación literaria aplicado a la del 98" y por René Wellek en su artículo sobre los periodos y movimientos literarios.

la presencia de alguna personalidad que sirviera de guía a los miembros de la generación y la ocurrencia de algún acontecimiento histórico que, se supone, funciona como una experiencia colectiva que marca a todos los miembros de la generación (Ortega y Gasset 1950, 147-148; Petersen 1946, 164-188). Para ambos, la generación implicaba una comunidad de ideas, de convicciones e, incluso, de lenguaje, por encima de cualquier diferencia de opinión que hubiera entre los miembros. La homogeneidad de pensamiento y la preeminencia de factores externos como determinantes y cohesivos del periodo han sido, precisamente, los aspectos más duramente censurados por los críticos del método generacional.

De acuerdo con Rafael Gutiérrez Girardot, por ejemplo, la división por generaciones de la literatura hispanoamericana y española es un residuo de la historiografía literaria positivista alemana que tomaba como puntos de referencia lo que un autor hubiera podido heredar, aprender o vivir, desdeñando las polémicas y antagonismos dentro de un periodo literario (1987, 14). La crítica que José María Cuesta Abad hace a las generaciones apunta en la misma dirección. Cuesta Abad sostiene que la aplicación de las generaciones a la historia cultural fue producto de una concepción orgánica de la historia, heredada de Hegel pero modificada por teorías biológicas muy difundidas en la segunda mitad del siglo XIX. Como resultado de este proceso, la historia literaria se convirtió en una transacción mecánica de los postulados genéticos evolucionistas: “las repercusiones de este ‘literalismo organológico’ se manifiestan incluso en el ‘método de las generaciones’ que, situado a medio camino entre viejas ideas evolucionistas y puntos de vista sociológicos tomados de autores como K. Mannheim, propone un estudio genealógico-social de los periodos literarios” (1994, 335). Por su parte, José Carlos Mainer, insiste sobre la falsa unidad que plantea el concepto de la generación. Mainer sostiene que el método generacional es una forma estrecha de periodización porque “se basa en un idealismo histórico (se busca, a riesgo de simplificar las cosas, un determinante hegemónico que aglutine las “reacciones” de un elenco

privilegiado), porque desdeña la permeabilidad entre los grupos y porque abandona a su suerte lo que no coincide con la cronología o el ideario prefijados" (1997, 185).

Estas críticas también han tenido lugar en la historiografía literaria colombiana. Sin embargo, la tendencia más constante ha sido la de mantener la división tradicional por generaciones: la del *Centenario*, la de *Los Nuevos*, la de *Piedra y Cielo*, la de *Mito*, la de los *Nadaístas* y la *Generación desencantada*, *Generación Postnadaísta* o *Generación sin nombre*. Esta es, a grandes rasgos, la división que adoptó Jaime Mejía Duque en su breve pero interesante libro *Momentos y opciones de la poesía en Colombia*, de 1979. Esta es, también, la división que adoptan, en líneas generales, las tres historias conjuntas sobre la poesía y la literatura colombianas de fin de siglo: el segundo tomo del *Manual de literatura colombiana* de 1988, la *Historia de la poesía colombiana*, editada por la Casa Silva en 1991 y el tomo IV de la *Gran enciclopedia de Colombia*, correspondiente a la literatura colombiana, coordinado por María Teresa Cristina y publicado en 1992. Cada uno de estos libros dedica algunos capítulos aparte a la obra de poetas que considera, o bien por fuera de los grupos generacionales gracias a la originalidad de su obra, o demasiado importantes para incluirlos en una época determinada. Es el caso de Aurelio Arturo y Mario Rivero en la *Historia de la poesía colombiana* y el de José Eustasio Rivera y Luis Carlos López en el tomo IV de la *Gran enciclopedia de Colombia*.

La adopción repetida de las generaciones en estas historias de la poesía colombiana puede explicarse parcialmente a partir de la forma en que fueron producidas. La coordinación de un volumen de historia literaria que cuenta con un grupo amplio de colaboradores se hace más fácil si se adopta la periodización tradicional y se pide a cada colaborador que escriba un ensayo extenso sobre uno de esos tramos temporales, dejando al cuidado de cada uno la aceptación o puesta en duda de la validez de la "generación" como principio de clasificación. Por esta razón, resulta interesante ver qué dice cada uno de los críticos acerca de la tarea que se les ha impuesto.

Los dos ensayos de Fernando Charry Lara sobre *Los Nuevos* incluidos en el *Manual de literatura colombiana* (1988) y la *Gran enciclopedia de Colombia* (1992) son versiones modificadas de otro ensayo suyo titulado "Los poetas de *Los Nuevos*" y publicado en la *Revista Iberoamericana* en 1984. En los tres ensayos, Charry defiende la clasificación de estos poetas como pertenecientes a una generación. De acuerdo con él, si bien el concepto de generación "responde más a la utilidad pedagógica que al juicio crítico", en el caso de *Los Nuevos* esta clasificación sigue siendo válida porque los miembros del grupo estaban unidos por la edad y la camaradería, se agruparon en torno a una publicación y reemplazaron, efectivamente, a la generación anterior en los campos de la política y de la administración pública (1984, 633). La otra característica de *Los Nuevos* que Charry resalta como factor cohesivo de la generación es el aislamiento de estos poetas frente a los movimientos literarios más importantes de la época en Europa e Hispanoamérica: las vanguardias. De acuerdo con Charry, la característica común en la actitud de los integrantes del grupo con respecto a la literatura fue la de un desinterés casi completo por la literatura de vanguardia, lo que determina la unidad de convicciones típica de la generación.

Diógenes Fajardo, por su parte, en el capítulo acerca del mismo grupo generacional de la *Historia de la poesía en Colombia*, sostiene que la clasificación por generaciones en la poesía colombiana ha llevado a la consagración de ciertos grupos que se formaron alrededor de la bohemia o de alguna publicación, en detrimento de otros autores o grupos que no alcanzaron el mismo grado de canonización durante el periodo. Por esta razón, Fajardo prefiere hablar de un grupo de intelectuales que activa el relevo generacional y que incluye políticos, ensayistas y periodistas. Todos ellos, de acuerdo con Fajardo, estuvieron marcados ideológicamente por un mismo contexto histórico y por un mismo afán de relevar a la generación anterior en la vida pública, aunque no por los mismos lineamientos estéticos, como no sea su rechazo a la vanguardia y un tímido programa renovador en las letras (1991, 267-268).

A la hora de describir las influencias comunes de la época y la unidad de la generación de *Los Nuevos*, tanto Diógenes Fajardo como Fernando Charry apelan a los editoriales de la revista titulada con el mismo nombre y a las opiniones de Rafael Maya sobre su propia generación. Los editoriales de la revista sirven de testimonio de la voluntad de relevo generacional en el campo político y literario; los argumentos de Maya apoyan la tesis de que la generación se caracterizó por un rechazo a las tendencias vanguardistas imperantes en Hispanoamérica.

Charry Lara también es autor del capítulo sobre *Piedra y Cielo* en la *Historia de la poesía en Colombia*. En este ensayo, Charry repite de nuevo sus reservas frente al concepto de la generación como una clasificación periódica, pero señala que la *Piedracielista* bien puede ser denominada como una generación a causa de su agrupación alrededor de una publicación y de su afinidad en gustos y lenguajes literarios. Para Charry, las preferencias estéticas de los piedracielistas prolongaron, como las de *Los Nuevos*, el retraso “en cuanto directamente atañe a los modos de entender y de escribir poesía” en Colombia (339), porque sus modelos literarios y su forma de concebir el quehacer poético les venía directamente de Rubén Darío y de Juan Ramón Jiménez. En otras palabras, su obra fue una continuación del modernismo, “sobre todo en su lección de gracia, exquisitez y preciosismo formal” (339). Tanto en este ensayo como en sus recuentos sobre la poesía de *Los Nuevos*, Charry combina la idea de la unidad generacional de ambos grupos, basada en la coincidencia en edad, la camaradería o la unión en torno de una publicación, con la idea de que los escritores de esas dos generaciones, más que oponerse efectivamente a la estética de las generaciones que los precedieron, continuaron con los preceptos del modernismo. Este argumento le sirve para presentarse a sí mismo, junto con los *Cuadernícolas* y los poetas de *Mito*, como aquellos que comprendieron que la ruptura de las vanguardias con la poesía anterior era algo más que un “juego de ingenio” y como los escritores que se pusieron verdaderamente a tono con la lite-

ratura de su tiempo (1991, 340-342). Así, utilizando la periodización tradicional de la poesía colombiana, Charry defiende, en tanto poeta, su lugar preeminente en el canon de la poesía colombiana del siglo XX.

Otro tanto hace Carlos Martín en su artículo "Piedra y Cielo ¿Qué se hicieron las llamas de los fuegos encendidos?", publicado en el *Manual de literatura colombiana*. Este ensayo es un balance de su labor artística y la de aquellos escritores que Martín considera sus compañeros de generación. Martín insiste en la persistencia de propósitos y lecturas comunes entre los miembros del grupo, en la coincidencia en la fecha de nacimiento y de publicación de sus obras, y la camaradería literaria como factores determinantes de la formación del periodo. Al contrario de lo que sostiene Charry Lara sobre la generación piedracielista como una continuación del modernismo, Martín resalta la vocación iconoclasta del grupo en contra de este movimiento, encabezado por Guillermo Valencia. Oponiéndose a las tesis de Charry Lara, sostiene que los poetas miembros de *Piedra y Cielo* sí estuvieron al tanto de las corrientes de vanguardia en Hispanoamérica y de la poesía europea de la época (1988, 95-103). Para Carlos Martín, resaltar la ruptura de su generación con respecto al modernismo y a las tendencias anteriores en la poesía colombiana resulta de capital importancia en la justificación y la valoración de su obra y la de sus compañeros.

Así, pues, se puede ver cómo las opiniones de los poetas con respecto a la importancia de los grupos a los que pertenecieron han influido en la periodización de la literatura colombiana, y han contribuido a que la división por generaciones se mantenga. En el caso de Rafael Maya y Carlos Martín, la defensa de la idea de una generación sirve tanto para consagrar la propia obra dentro de una época específica como para dar una visión compacta del periodo. En el de Charry, a la división por generaciones se superpone una visión de continuidad de la poesía colombiana desde el modernismo hasta los años cincuenta, que es la época en la que, de acuerdo con él, la poesía colombiana finalmente se pone a tono con la poesía moderna europea e hispanoamericana.

Una crítica más reciente sobre la poesía colombiana de la segunda mitad de los años treinta y la década del cuarenta, pero dentro de la línea de la periodización generacional es la de Piedad Bonnet en su capítulo sobre *Piedra y Cielo* de la *Gran enciclopedia de Colombia*. Bonnett acepta, sin mayores complicaciones, la designación generacional. De acuerdo con ella, a pesar de que los poetas del grupo insistieron en las diferencias que los separaban, “los congregó, como suele suceder, no tanto una identificación alrededor de una doctrina estética, cuanto ciertas afinidades culturales y generacionales, y una amistad personal que les permitió reflexionar sobre el legado poético más inmediato, del que tomaron elementos y rechazaron otros” (1992, 214). Para Bonnett, como para Petersen, la coincidencia de lecturas y de factores históricos determina, en últimas, las coincidencias estéticas de los poetas del periodo.

La aceptación de la categoría de generación para designar un periodo literario también es una constante en los ensayos de estas tres historias acerca de los poetas de mitad de siglo, conocidos como la generación de *Mito*. Juan Gustavo Cobo Borda, Jaime García Maffla y Oscar Torres Duque aceptan la categoría y señalan como determinantes del periodo los mismos criterios que Julius Petersen utiliza para definir la generación: la presencia de una personalidad que sirve de vocero y guía para las preocupaciones de los otros miembros (Gaitán Durán), la existencia de un acontecimiento histórico que los marca a todos por igual (el periodo de la Violencia) y la de una publicación que expresa las preocupaciones de todos ellos (*Mito*) (Cobo Borda, 1988, 131-164; García Maffla, 1991, 381-387; Torres Duque, 1992, 249-256). De acuerdo con Torres Duque, por ejemplo, más que ser un grupo o movimiento literario, los escritores que convergieron en la revista reflejaron “el estado de ánimo y la situación misma del país en este lapso” y compartieron “las mismas aprehensiones del grupo mencionado” (Torres Duque, 1992, 214) y por esta razón, se les puede concebir como una generación.

Entre las historias de la literatura colombiana de los últimos veinte años, ha habido otras propuestas que no pretenden tomar la cercanía en la fecha de nacimiento, la coincidencia de lecturas o de educación o la aglutinación alrededor de una publicación como factores determinantes de los periodos que trabajan. Una de ellas es el capítulo sobre la literatura colombiana del siglo XX, escrito por Rafael Gutiérrez Girardot, incluido en el tercer tomo del *Manual de historia de Colombia* (1980). Gutiérrez Girardot, en lugar de adoptar la división generacional, insiste en la relación de la literatura con los procesos de modernización de la sociedad colombiana durante la primera mitad del siglo XX: la aparición de una economía de mercado y de un público lector, la secularización de la sociedad, etc. Gutiérrez Girardot resalta la presencia de tres grupos en su historia literaria: *Los Nuevos*, *Piedra y Cielo* y *Cántico*, que corresponden a tres de las divisiones generacionales de la periodización tradicional de la poesía del siglo XX, pero insiste en que *Los Nuevos* son un fenómeno literario parecido al de la *Gruta Simbólica* o *El Mosaico*, mientras que *Piedra y Cielo* y *Cántico* no fueron grupos que se distinguieran por entablar una "guerra de generaciones", sino por la voluntad de sus miembros de "ponerse a la altura de los tiempos" y reflexionar sobre la poesía desde una perspectiva más contemporánea (1980, 519-522; 532-534). Además de estos tres grupos, Gutiérrez Girardot dedica buena parte de su ensayo a destacar la obra de poetas individuales que, de acuerdo con él, extremaron las consecuencias del modernismo al escribir una literatura crítica con respecto a la modernización o a la sociedad colombiana. Así, por ejemplo, resalta la obra de Rafael Maya como la de un poeta moderno de corte intelectual que hace una crítica conservadora de la aparición de la técnica y de las masas, oponiéndoles la naturaleza, los valores religiosos y la unión con la tierra (508). Igualmente, presenta a Luis Carlos López como un crítico de la provincia pero que no fue consciente de las verdaderas contradicciones de la poesía moderna (512), y se refiere a la obra de Aurelio Arturo como una continuación del intento modernista de convertir la in-

fancia y la naturaleza en imágenes críticas en contra de los valores utilitarios y la técnica (523-524).

El estudio sobre la poesía colombiana de 1940 a 1960 que realizó Armando Romero, *Las palabras están en situación*, publicado en 1985, también es otro intento de enfocar la poesía colombiana no desde la periodización generacional, sino desde una perspectiva que considera la literatura en conjunción con las posiciones, progresistas o conservadoras, del pensamiento social y político en el país. Con este fin, acompaña sus comentarios sobre la obra de los poetas con una descripción de las condiciones históricas y sociales de la época. No obstante, la división por capítulos de su libro sigue, en parte, la división generacional, porque Romero se concentra en la formación de grupos literarios alrededor de ciertas publicaciones: *Los Panidas*, *Los Nuevos*, *Los Bachués*, *Piedra y Cielo*, *Los Cuadernícolas* y *Mito*. Las únicas excepciones a esta clasificación son Fernando Charry Lara y Álvaro Mutis, que pertenecen a los dos últimos grupos de la lista y a quienes resalta porque su obra supone "una ruptura, un cambio, con lo establecido como norma poética en Colombia" (1985, 85).

El intento más reciente de una historia de la poesía colombiana que no sigue las divisiones generacionales es *Poesía y canon* de David Jiménez. En lugar de fijarse en la relación entre los acontecimientos políticos y la literatura, como Armando Romero, o entre los procesos de modernización de la sociedad colombiana y la escritura de poesía, como Rafael Gutiérrez Girardot, David Jiménez se concentra en los procesos de consagración canónica de los poetas a través de su crítica literaria, principalmente. De acuerdo con él, ya que el campo literario fue parcialmente autónomo durante la primera mitad del siglo XX, también es necesario atender a su parcial dependencia de otras esferas como la de la política, la de la moral o la de la religión a través de instituciones como las academias, los colegios y universidades, las revistas y las editoriales (2002, 12-13).

La periodización de este libro atiende, pues, más a los debates acerca de la tradición literaria que a las generaciones. El

primer capítulo del libro se concentra, por ejemplo, en el debate entre los humanistas clásicos conservadores, los defensores de un canon nacionalista y los modernistas; el segundo, en la polémica acerca del valor de diferentes tendencias antimodernistas de los años veinte como la poesía de Luis Carlos López, la defensa de la vanguardia por parte de Luis Tejada y el proyecto editorial de *Los Nuevos*. Los periodos literarios se trazan alrededor de ciertos puntos de discusión literaria y no directamente a partir de la coincidencia de lecturas o de experiencias históricas. Aunque, como en las otras historias de la poesía colombiana, tiene en cuenta las publicaciones literarias más importantes, no las ve, necesariamente, como medios de expresión de las coincidencias estéticas e ideológicas de la generación en cuestión, sino como sitios en los que se sostienen posiciones antagónicas acerca del debate sobre la tradición literaria. En ciertos casos, los debates literarios coinciden con las campañas de grupos que se consideran a sí mismos generacionales y que están intentando imponerse sobre el canon. Esto sucede con el grupo piedracielista, cuyos integrantes, además de desplegar una intensa campaña de autopromoción literaria, tuvieron, en sus obras, una cierta homogeneidad estética que hacen posible la posibilidad de hablar de un estilo piedracielista (2002, 109).

Durante los últimos diez años, ha habido varios estudios sobre la poesía colombiana que se concentran en un periodo más restringido, pero que también intentan trazar periodos literarios desde criterios diferentes a los de los generacionales. El más notable es, quizá, el libro de Hubert Pöppel *Tradición y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas de los años veinte*, quien circunscribe su estudio a la década de 1920 por considerar importante no sólo la aparición de las vanguardias en Latinoamérica sino también la modernización del país. Aunque Pöppel tiene en cuenta la división generacional entre poetas del *Centenario* y poetas de *Los Nuevos*, también atiende a otros múltiples factores que tuvieron una cierta influencia en la poesía colombiana de esos años, como la publicación de revistas relativamente marginales como *Panida* y

Voces, la divulgación de poesía en otras publicaciones como *Patria*, *Cromos*, las *Lecturas dominicales*, el suplemento literario de *El Espectador*, los textos escolares y los cancioneros populares. El estudio de Pöppel traza, pues, un panorama mucho más complejo de la producción y la recepción literarias durante los años veinte que la que permite la óptica generacional.

Otros estudios más breves, como el artículo de Gilberto Loaiza Cano "La vanguardia en Colombia durante los primeros decenios del siglo xx" intentan explorar, a partir de la revisión bibliográfica de revistas literarias que no fueron la enseña de las generaciones, un problema literario específico, como el de la aparición de tendencias vanguardistas en la poesía colombiana. Este tipo de estudios tratan problemas literarios que pueden ayudar a replantear y a sentar nuevas bases para una periodización diferente de la poesía colombiana. No obstante, a la hora de escribir una historia de la poesía colombiana del siglo pasado, es necesario considerar críticamente la periodización tradicional y no descartarla, sin más, como un método arcaico. En este caso se corre el riesgo de reproducir el sistema generacional por no considerar sus características, o también se puede obviar el hecho de que, a través de las polémicas generacionales, se estableció la tradición literaria existente, una tradición que se debe criticar y modificar, pero no pasar por alto.

Bibliografía

- Baker, Robert S. "History and Periodization". *Clio*, Vol. 26, Núm. 2, 1997.
- Bonnett, Piedad. "El piedracielismo". *Gran enciclopedia de Colombia*. Tomo IV, Literatura. Bogotá: Círculo de Lectores, 1992. 213-220.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. "Mito". *Manual de literatura colombiana*. Tomo II. Bogotá: Procultura/ Planeta, 1988. 131-191.
- Cuesta Abad, José Manuel. "Sobre las categorías de la historiografía literaria". *Teoría / Crítica* Núm. 1: 'Teoría de la historia, de la literatura y el arte', 1994.

- Charry Lara, Fernando. "Los poetas de *Los Nuevos*". *Revista Iberoamericana*. Vol. 50, 128-129, (1984).
- _____. "Los Nuevos". *Manual de literatura colombiana*. Tomo II. Bogotá: Procultura/ Planeta, 1988.
- _____. "Piedra y Cielo". *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá: Casa Silva, 1991.
- _____. "La poesía de *Los Nuevos*". *Gran enciclopedia de Colombia*. Tomo IV, Literatura. Bogotá: Círculo de Lectores, 1992.
- Cristina, María Teresa (Coord.). *Gran enciclopedia de Colombia*. Tomo IV, Literatura. Bogotá: Círculo de Lectores, 1992.
- Fajardo, Diógenes. "Los Nuevos". *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá: Casa Silva, 1991.
- García-Bedoya, Carlos. *Para una periodización de la literatura peruana*. Lima: Latinoamericana de Editores, 1990.
- García Maffla, Jaime. "Mito". *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá: Casa Silva, 1991. 381-397.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. "La literatura colombiana en el siglo XX". *Manual de historia de Colombia*. Tomo III, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980.
- _____. *Modernismo, supuestos históricos y culturales*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Jiménez, David. *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon en la poesía moderna en Colombia*. Bogotá: Norma, 2002.
- Kermode, Frank. *Historia y valor. Ensayos sobre literatura y sociedad*. Barcelona: Península, 1990.
- Loaiza Cano, Gilberto. "La vanguardia en Colombia durante los primeros decenios del siglo XX". *Estudios de literatura colombiana*, 4, (1999).
- Mainer, José Carlos. "Alrededor de 1927. Historia y cultura en torno a un canon". *El universo creador del 27. Literatura, pintura, música y cine*. Málaga: Cristóbal Cuevas García, editor/ Publicaciones del congreso de literatura española contemporánea, 1997.
- Martín, Carlos. "Piedra y Cielo ¿Qué se hicieron las llamas de los fuegos encendidos?". *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Planeta, 1988. 89-127.

- Mejía Duque, Jaime. *Momentos y opciones de la poesía en Colombia. 1890-1978*. Bogotá: La Carreta, 1979.
- Ortega y Gasset, José. "La idea de las generaciones". *Obras completas*, Tomo III (1917-1928), Madrid: Revista de Occidente, 1950. Publicado originalmente en *El tema de nuestro tiempo*, 1923.
- Perkins, David. *Is Literary History Possible?* Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1992.
- Petersen, Julius. "Las generaciones literarias". *Filosofía de la ciencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946. 137-193.
- Pöppel, Hubert. *Tradición y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas de los años veinte*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2000.
- Romero, Armando. *Las palabras están en situación*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Rehder, Robert. "Periodization and the Theory of Literary History". *Colloquium Helveticum*, 22. Giraud: Yves y Stäubler, Michelle, eds, 1995.
- Salinas, Pedro. "El concepto de generación literaria aplicado a la del 98". *Ensayos completos*, tomo I. Madrid, Taurus, 1983.
- Torres Duque, Oscar "El grupo de Mito". *Gran enciclopedia de Colombia*. Tomo IV, Literatura. Bogotá: Círculo de Lectores, 1992. 249-270.
- Wellek, René. "Periodos y movimientos en la historia literaria". *Historia literaria. Problemas y conceptos*. Barcelona: Laia, 1983.